
MI AMIGA GLADYS

(«El amor a la libertad es imparable»)

¿Desde qué lugar se podrá perfilar el peregrinaje de esta mujer, sobrevivida a las brasas históricas que aún humean el ocaso del pasado siglo? El tránsito biográfico de Gladys Marín por esta geografía a veces toma el rumbo de una lágrima turbia que, en su porfiado rodar, fue marcando de lacre utopía el largo esqueleto del flaco Chile. Tal vez son varios los pasajes en la vida de ella que puedan activar su presencia en esta crónica, a modo de chispazos, de violentos y obligados traslados, de reclusiones, golpizas e instantáneas nómadas que, a pesar de su brusco acontecer, no marchitaron su enamorado ardor por la justicia y el desamparo de clase.

Quizás hay algo de frescor en la inagotable porfía de su discurso, que reflota el sueño proletario en estos días de negociada transición. Algo de ella la perdura en el recorte primavero de aquella estudiante de provincia que emigró a la capital para entrar a la Escuela Normal de

Profesores cuando todavía el mistraliano afán de la vocación pedagógica enamoraba a niñas simples, muchachas sencillas deseosas de entregarse al simbolismo parturiente de la educación popular. Desde antes, las gloriosas feministas interceptaban el poder falocéntrico con sus discursos emancipatorios y panfletos militantes.

Años jodidos para tantas mujeres que torcieron su destino doméstico y que en el desafío de la participación política liberaron su voz. Tiempos álgidos para una izquierda prófuga, fichada y abortada tantas veces por la exclusión. Días de borrasca para estas causas, siempre envueltas en la tensa demanda que encauzaba su tránsito de justicia social. «Su imparable amor a la libertad» siempre obstaculizado por los escollos conservadores y la rémora burguesa. Y esa fue la atmósfera que enrioló el corazón de Gladys por la senda de su azaroso comunismo. El perseguido Partido Comunista de Chile, en el que tampoco era tan fácil para una mujer sumarse con dignidad debido a la biblia varonil de los próceres y al verbo del enérgico catecismo militante. Marchas, movilizaciones y plazas repletas de bravo pueblo eran el empuje de un multitudinario clamor. Y en esa apuesta, Gladys Marín se jugó la vida en verso y lucha, sangre y esperanza, represión y reacción armada; pulsiones populares bajo el cielo oprimido que alboreaba el ilusorio tinte de un «rojo amanecer».

De todo aquello quedaron restos de fogatas y fantasmales ecos que todavía resuenan en las manifestaciones callejeras del descontento. Sin embargo, esos gritos, esas consignas amortiguadas por el apaleo de la repre democrática, son el único lugar donde la dignidad de la memoria anida inagotable. En esas explosiones de desacato, mujeres, estudiantes, jóvenes y obreros suman el sagrado derecho a la desobediencia, al desenfado con un gobierno que traicionó la adhesión popular que en el plebiscito le dio su apoyo. Aquellas movilizaciones que produjo la izquierda en los ochenta fueron el motor social que más tarde provocó el cambio. El atentado a Pinochet nos hizo creer que el tirano no era invulnerable. Y fueron muchos los que celebraron el desafío, por desgracia hoy esas figuras políticas, entonces de izquierda, en el traslado de estación se renovaron el pelaje. Los mismos que en el acomodo parlamentario se deshacen del ayer como si cambiaran de terno. Por cierto, tanta metamorfosis caradura no los sostiene, no sustenta sus discursos hermanados con el guante golpista. Cada gesto, cada visaje de coquetería en el amarre blindado de esta democracia, los caricaturiza, los desinfla, fofos en la blanda papada de la negociada reconciliación.

Estas líneas adhieren cariñosamente a Gladys por cicatrices de género, por marcas de clandes-

tinidad y exilio combatiente. Por ser una de las numerosas mujeres que capitalizaron ética en el rasmillado túnel de la dictadura y su fascistoide acontecer. Estas letras minoritarias se complicitan con ella en el develaje frontal del crimen impune y el mal aliento del tufo derechista que minimiza la tragedia. Pero acaso bastaría con una sola imagen biográfica de Gladys. Tal vez visualizar su retrato de juventud, perseguida después del golpe, teniendo como telón de fondo la acuarela memorial del amado amante desaparecido, extraviado, perdido para siempre en la última imagen de ver pasar caminando la muda figura de Jorge frente a la embajada que a Gladys le había dado asilo. Y esa enorme distancia, ese abismo de vereda a vereda, esa zanja de apenas veinte metros, imposible de llenar por el tacto impalpable del abrazo imaginado, del abrazo pendiente, soñado mil veces en la noche inconclusa de la abrupta separación.

Tal vez bastaría con el aire de esa espera para concluir ese texto o para alargarlo hecho bandera de oxígeno, pañuelo de tantas causas de derechos humanos que siguen esperando justicia y castigo a los culpables. El pasado y el futuro son presente en el río arterial de los pueblos, como un caudal subterráneo que corre sin freno, carcomiendo los andamios de la pirámide neoliberal. Pero más que aguas desbocadas que perpetúan una sola

dirección, son voces, arrullos, gritos, discursos, como el de Gladys, que en su polifonía oprimida esperan llegar al mar.

MI CORAZÓN NO ES UN LIBRO ABIERTO

Y debo decir que entonces Bolaño regresaba a Chile con sangre en el ojo o, más bien, con cierta sospecha de forastero letrado que había perdido la conexión de suspicacia local para entender los embates políticos y culturales que se daban cita en aquel escenario de la democracia en 1999.

Y era tan difícil reconstruir la década del exterminio, como también los tiempos filudos de la batalla ochentera, para un nuevo amigo que volvía luego de años. Bolaño llegaba después de la tormenta y todo le merecía duda, todo rojo tenía olor a desencanto.

Por ese tiempo Gladys Marín me dijo: oye, Pedro, supe que vas a estar en la Feria del Libro con ese escritor famoso que la gente nombra tanto. Debe ser interesante. Sabes que voy a ir a verte para conocerlo. Y si ella era mi linda amiga comunista hasta morir y si él era Roberto Bolaño, el agudo escritor que había sido tan generoso en sus comentarios con esta diosa punga, ¿cuál era el problema? Por supuesto, nena, ahí te lo presento,

le dije a Gladys, ocupada como siempre en dar la pelea por las causas pendientes en la acuartelada democracia.

Y aquel día, el hall del gran anfiteatro de la Feria del Libro estaba repleto, no cabía una aguja y un vapor humano nublaba el aire atestado de público expectante, esperando que con Bolaño tuviéramos una charla magistral. A la entrada, mucha gente hacía fila para ingresar y, cuando se abrió la puerta, la ola expansiva ocupó todos los asientos. Está lleno, me dijo alguien en el camarín, mientras me maquillaba las ojeras del trasnoche. Ya llegó Roberto y está esperando, me apuraban insistentes, al tiempo que me calzaba los tacos políticos, como les decían a mis zapatos las amigas maricas. En un suspiro estuve lista y salimos con Roberto al escenario donde nos recibió una marea inquieta. Nos sentamos en la mesa sin ninguna pauta. Ahí se nos ocurriría, ahí le daríamos a la lengua hasta sacarle chispas. En esas estábamos, tratando de hilvanar un diálogo, cuando veo en el público a Gladys. Y por supuesto que siempre donde estaba ella era imposible no verla. Gladys llegaba saludando, con comitiva, con amigos, como rockstar. Una reina de la rebeldía, era difícil no ver ese rostro tatuado en la memoria del país. Por eso y porque me dio una profunda emoción verla allí, la saludé desde el escenario y ella respondió tirándome una cascada de besos. Algu-

nos aplausos, algún grito de: «grande Gladys» en la galería, y ella sonreía y sonreía en toda la extensión de su roja presencia. Fue solo eso, un minuto, nada más, y al volver la mirada hacia Bolaño vi su cara descompuesta como si hubiera visto al demonio, estaba iracundo, conteniendo la indignación. Yo traté de entablar una conversa para suavizar la tensión, pero no pasaba nada, no había tema. Yo decía algo y él contestaba otra cosa. A todo lo que le preguntaba respondía con evasivas y una mueca socarrona de aburrimiento. Por último, y para salvar el impás, opté por leer un texto que él escuchó con desgano. Yo respiré hondo cuando terminó el asunto. Roberto casi no esperó que finalizaran los aplausos y bajó a mi lado hecho una fiera refunfuñando: esto es una encerrona. ¿Qué hace aquí esta mujer comunista? Es mi amiga, ¿qué te pasa?, ¿qué onda? Casi no lo podía contener cuando salimos por las escaleras y con quien se encontraba le repetía: esto es una emboscada, esa mujer estalinista. ¿Qué onda?, no sabes lo que ella ha sufrido, la persiguieron, le desaparecieron al marido. Pero en verdad... estuviste lejos, no tienes por qué saberlo. Ni siquiera me dio para despedirme de él y fui donde Gladys para saludarla. Parece que tu amigo está enojado, me dijo ella con sus grandes ojos pardos. No sé qué le habrá ocurrido, se siente un poco

mal, mentí para no herir el ya herido corazón de mi Gladys.

Creo que nunca más volví a juntarme con Bolaño desde esa noche, alguna vez hablamos por teléfono, otra vez iba en un taxi por plaza Italia y me invitó a subir, pero también le mentí diciendo que tenía una cita. Eso fue todo, al parecer el mundo literario es como una iglesia mormona demasiado enroscada en la trascendencia de sus mezquinas letras. Y el mundo popular, en su sobrevivencia, sabe poco de libros. Mi padre, obrero, panadero y allendista, nunca leyó un libro, y eso no lo desacredita como gran persona. Nunca entendí bien la reacción de Bolaño esa noche, pero ese hecho marcó para siempre nuestra afectuosa relación. Él se fue a España y yo me quedé con Gladys en su continua lucha callejera. Jamás me arrepentiré de haberla elegido, mi corazón no es un libro abierto. Más bien se parece al cartel ajado donde impunemente se amohosan los rostros de la desaparición.